

LA BAILARINA

La punta de sus pies
es el eje del mundo,
las manos dos espejos de la noche más clara.
En sus oídos entran las mariposas de aire
y en los dientes se acallan los mármoles más puros.
Una noche sin mares tiene su ritmo. Es ella.
Una noche de ausencias y dulces plenitudes
en que caen las estatuas
en las playas perdidas de todos los crepúsculos.

No os acerquéis. Amadla.
Sabedla toda pájaro y animal fugitivo,
el junco más flexible que se comba en el viento,
el más extenso beso de todas las miradas.

No os acerquéis. Amadla.
Es espuma tan solo,
es la nube rotunda que cruza por el cielo,
es un deseo fértil que el universo ondea.
Sobre su piel tan blanca
se hace algodón el aire y la distancia huye.

Olvidaréis los nombres —terremotos se olvidan—
pero será presencia en vosotros la imagen,
el número, la forma, el salto y el eclipse.
Es el vivo mensaje que trae la bailarina
la verdad más dichosa que hace evidencia el cuerpo.

No os acerquéis. Amadla.
Es el límite puro.

Antonio FERNANDEZ MOLINA.